

# LA DOBLE ESCRITURA AMERICANA DE OVIEDO

*Leonidas Emilfork*

Universidad Católica de Valparaíso

*i Castigliani nostri ... avendo essi fatto  
così degnissime di memoria, scorsi tanti  
mari, scoperto tante isole e continente,  
soggiogato tanti paesi, acquistato final-  
mente quel Mundo Nuovo, non si han-  
no preso cura che queste loro imprese,  
che di lunga superano quelle de' Greci e  
de' Macedoni, fossero scritte da persone  
che ciò sapessero fare.*

TOMASO CAMPANELLA<sup>1</sup>

*The historiography of the Americas be-  
gan, as it did everywhere else, in the  
accounts of epic feats.*

MARIO GÓNGORA<sup>2</sup>

*The history of America begins, like that  
of the Ancient World, with legends in  
which it is not easy to recognize the exact  
proportion of reality and imagination.*

LEONARDO OLSCHIKI<sup>3</sup>

Los tres epígrafes de este estudio parecen resumir adecuadamente los problemas que se presentan al considerar, desde una perspectiva poética, los textos en que aparecen los mitos y hazañas que en parte dieron lugar al continente americano. Se trata, como se desprende de su

<sup>1</sup>*Della Monarchia in Spagna*, XXXII; citado por Antonello Gerbi, *La natura delle Indie nuove* (Milano-Napoli: Riccardo Ricciardi Editore, 1975), p. 377.

<sup>2</sup>*Studies in the Colonial History of Spanish America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1975), p. 239.

<sup>3</sup>"Ponce de León's Fountain of Youth. History of a Geographical Myth", *The Hispanic American Historical Review*, 31 (1941), 361.

lectura, de un problema de límites. Campanella reclama un autor cuya posible escritura inscriba las hazañas aludidas como épicas, cuya medida sería la de las hazañas clásicas. El problema está en que la hazaña de Indias, sobre todo la de Colón, dio lugar a un mundo nunca visto antes, lo que obviamente planteó un problema de envergadura tanto para la poesía como para la historia. Podría pensarse que las hazañas americanas están representadas por obras como *La araucana*; sin embargo, la calidad de las tierras y el momento en que tiene lugar el poema obligan a Ercilla a una escritura en que los límites entre poesía e historia se entrecruzan constantemente<sup>4</sup>.

El texto del historiador Mario Góngora contiene un interesante problema: ¿cómo estatuye el texto que se reclama histórico la calidad épica de la hazaña? Góngora agrega una idea a continuación del texto citado, diciendo que las crónicas "besides being an epic recollection of the discovery and conquest ... were also works of natural history, ethnography and Indian history"<sup>5</sup>.

Ese *algo más* que hay en la crónica y que la hace indeterminada es lo que nos interesa en el presente estudio.

La dificultad que impone esa indeterminación, connatural a la novedad del mundo recién aparecido, es lo que destaca Olschki. Distinguir hasta dónde llega la imaginación y hasta dónde la realidad sería una tarea propiamente histórica. Lo que queremos examinar aquí es la forma cómo esa indeterminación penetra los textos del descubrimiento y la conquista americana.

Hagamos aún más evidentes los problemas suscitados por los epígrafes planteándonos tres preguntas: ¿Existe de suyo una realidad histórica o es más bien el resultado de la elaboración de un sentido? ¿Qué lugar tendría lo poético en la elaboración de ese sentido? ¿Es posible delimitar claramente la escritura de los primeros cronistas de América de una escritura poética?

Hemos elegido a Gonzalo Fernández de Oviedo porque su obra americana, la *Historia general y natural* y el *Sumario*<sup>6</sup>, particularmente la

<sup>4</sup>El poema de Ercilla, contrariamente a la preceptiva horaciana en boga durante el Renacimiento, no comienza *in medias res*, ni se reduce, como la épica homérica, a un solo episodio de la guerra, sino que tiene que comenzar como lo haría una obra histórica. Voltaire, a quien Ercilla debe su fama europea, se da cuenta del problema y señala que *La araucana* tenía que comenzar por describir y situar el lugar de la acción ya que la escena está "par-delà l'autre tropique" y porque los héroes son salvajes que jamás habrían sido conocidos "s'il ne les avait pas conquis et célébrés". ("Essai sur la poésie épique" en *Oeuvres complètes*, 70 vols. [Paris: Société Littéraire-Typographique, 1784-89], X, 395).

<sup>5</sup>Góngora, *ibid.*

<sup>6</sup>*Historia general y natural de las Indias*, ed. Juan Pérez de Tudela Bueso, 5 vols. (Madrid: Biblioteca de autores españoles, 1959). Hemos citado de acuerdo a esta edición; la obra de Oviedo está dividida en cincuenta libros con sus capítulos: el primer número indica el libro, el segundo indica el capítulo: *Sumario de la natural historia de Indias*, ed. Juan Bautista Avalle-Arce (Salamanca: Ediciones Anaya, 1963).

primera, somete nuestra lectura a una prueba. Se trata de una obra que ha sido estudiada por la ciencia histórica sin que se haya examinado su escritura misma, si bien hemos hallado algunas indicaciones generales en los comentaristas que citaremos en nuestro texto.

Oviedo pasó un largo tiempo en las Indias, lo que significa que su obra es una historia *on the go*, simultánea a muchos de los eventos que quiere relatar. La *Historia general y natural* va recogiendo y configurando en una escritura el proceso de apertura, expansión y corporización de las tierras americanas al tiempo que van ocurriendo. No es una recolección de “hechos” sino un momento muy importante de lo que O’Gorman ha llamado “invención de América”.

Para entender las implicaciones de este sentido, es preciso anular hipotéticamente la distinción entre poesía e historia, en cuanto géneros consagrados, para concentrarse, en cambio, en la escritura misma. Tenemos que estudiar la obra americana de Oviedo desde el interior mismo de sus artificios para ver si la distinción arriba indicada es válida o no, y si merece ser estudiada desde otra perspectiva.

Nuestra tesis es que encontramos en la obra americana de Oviedo dos tipos diferentes de escritura: escritura de la hazaña y escritura del reconocimiento. Ambas escrituras presentan una interacción que trataremos de examinar. Ambas, además, son parte de lo que vamos a llamar *letras de fundación* de América. Volveremos sobre esta expresión al final.

Oviedo siempre tuvo presente el problema que indicaba Campanella: una escritura que marcara las empresas de los españoles en América como hazañas épicas. Sabía que dichas hazañas superaban en magnitud a las de la antigüedad clásica, pero no estaba muy seguro de la significación de aquéllas ni de la escritura más adecuada para lo que él llama “materia” de su obra. Por eso encontramos a veces reclamos de este tipo en la *Historia general y natural*: “Calle la nao de Argos, pues vimos poco tiempo ha, la nao nombrada la *Victoria*, que circuyó el universo en el descubrimiento de la Especiería por aquel famoso estrecho que el capitán Fernando de Magallanes enseñó. Aquel fue el más luengo camino que hasta hoy se sabe que hombres mortales hayan fecho, aunque se ponga a su comparación aquel viaje de Mistro y Carabiso por el río Tanais, de quien Leonardo Aretino hace memoria en su suma de crónicas, llamada el *Aquila volante...*” (XXXI, Proemio).

En el mismo lugar, pocas líneas antes de las que acabamos de citar, hay una significativa comparación con Homero. Oviedo comienza por citar unos versos de Petrarca en los cuales aparece Alejandro Magno envidioso de la fama que Homero dio a Aquiles: “Estas palabras de Alejandro muestran la envidia que hobo de haber tenido Aquiles tan alto escriptor para su historia, e que él para la suya no tenía tal cronista; porque en la verdad, el estilo y la elocuencia del autor de una famosa

historia, mucho la engrandece y sublima por el ornamento de su graciosa pluma e sabio proceder, o mucho le quita e disminuye del propio valor cuando en el escriptor no hay la habilidad que se requiere en cosas grandes" (*ibíd.*).

Como se puede ver, la poesía épica detenta no sólo la medida de la fama sino también de la magnitud. Es a Homero a quien acude Oviedo para compararse cuando se ve exigido por la grandeza del Nuevo Mundo; pero él sabe que no es un poeta épico sino un historiador. La cita sigue así: "Esto falta aquí por cierto, e yo confieso que por tantas e tales e tan diversas materias como son las que yo aquí tracto, fuera necesario otro ingenio que el mío; pero en confianza de esta verdad a que voy arrimado, espero, si yo no basto a tanto ilustrar mi obra... basta para mi consuelo e la satisfacción de quien lee, que la auctoridad que acullá se da a Homero, era supliendo él la materia, e aquí supla la materia al defecto de mi pluma e ingenio, para que no deje de parescer bien a los que vieren estas historias" (*ibíd.*).

Por mucho que jure apartarse de las historias fabulosas para ceñirse a la historia verdadera, la medida de lo grandioso sigue siendo lo fabuloso; Oviedo no hace más que confirmar lo que quiere negar al parangonarse con ello<sup>7</sup>. Por otra parte, llama la atención este celo, este afán por exhibirse como escritor de la verdad ("...antes estará derecha la torre Garisenda de Boloña, que mi pluma se tuerza e aparte de la verdad". [*ibíd.*]), sobre todo si se recuerda que la primera obra que Oviedo compuso en tierras americanas fue una novela de caballería.

En 1514, ya en el Nuevo Mundo, Oviedo publica el *Claribalte*<sup>8</sup>, una ficción de caballería que nada tiene que ver con las tierras recién descubiertas, como no sea el término "yerbas", que usa como sinónimo de "veneno"<sup>9</sup> y un rasgo ideológico que persiste posteriormente en su obra de historiador<sup>10</sup>. O'Gorman ha sostenido que Oviedo jamás logró "sacudirse enteramente de su antigua afición" y buena prueba de ello

<sup>7</sup>Este rasgo ha sido señalado por Alberto M. Salas, *Tres cronistas de Indias, Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Fray Bartolomé de las Casas*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1959). p. 82: "Y lo que niega Oviedo con tanto fervor, los mitos y novelas de caballería —que él mismo ha escrito— es lo que le da la medida de grandeza que tienen los hechos que transcurren ante sus ojos o que ocurren a tan corta distancia que sus ecos llegan pronto a las islas del Caribe. La maravilla se ha desplazado desde el Mundo Oriental, desde el libro de Marco Polo, desde Plinio y el Egeo hacia las nuevas Indias, las del Mar Océano".

<sup>8</sup>Véase Juan Bautista Avalle-Arce, "El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo, alias de Sobrepeña" en *Estudios de literatura hispanoamericana en honor a José A. Arrom*, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, N° 158 (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1974), págs. 23-35. Véase también Antonello Gerbi, "El *Claribalte* de Oviedo", *Fenix*, 6 (1949), 378-390.

<sup>9</sup>Gerbi, *La natura delle Indie*, p. 90.

<sup>10</sup>Avallé-Arce, "El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo", 34-35. El rasgo señalado por Avallé-Arce consiste en que *Claribalte* reúne en sí el papado y el imperio.

sería su interés en los escudos, linajes e “incidentes de romanceada verdad en que reaparecen Amadís y Claribalte vestidos de conquistadores de Indias”; el libro de Oviedo “es además de historia, libro de maravillas, de monstruos y portentosas aventuras”<sup>11</sup>. Nos parece un tanto exagerada la primera afirmación de O’Gorman. La afición a escudos y linajes es comprensible en un hombre que había servido en la casa real. En cuanto a las imágenes portentosas, podrían deberse a que las aventuras americanas fueron efectivamente portentosas y, además, tuvieron lugar en un mundo nunca visto antes.

Habría que formular de otro modo este rasgo de lo portentoso, sobre todo si lo miramos desde un ángulo poético-mítico; podemos formularlo, a la luz del pensamiento de Aristóteles, como una interrogación: ¿cómo hacer verosímil lo portentoso? Con este problema se va a encontrar muchas veces nuestro autor. No le quedará más que sustentarse en la buena fe de sus informantes, en su propia calidad de testigo y, por supuesto, en la buena fe del lector. Un solo botón de muestra “en que se trata de la forma de un gato monillo, la más nueva cosa, o nunca su semejante vista hasta nuestros tiempos. El cual gato en parte era pájaro o ave que cantaba, como un ruiseñor o calandria, muy excelentemente, e con muchas diferencias en su melodía e cantar” (VI, 52). El título es explícito; Oviedo relata una noticia maravillosa y un tanto difícil de creer. Primero aventura la opinión que se tiene de semejante fenómeno. Algunas personas piensan que el monillo ha nacido de “adulterio o ayuntamiento de alguna ave con algún gato o gata”, pero Oviedo cree que esto no es posible debido a la diferencia que hay entre los órganos sexuales de ambas especies y aventura que el animal en cuestión es una especie natural “como lo son por sí los grifos” (*ibíd.*). Constantemente encontramos en él esta oscilación entre una fidelidad casi adolescente a sus lecturas de Plinio y la lucidez de su experiencia americana.

Desgraciadamente el gatillo-monico-ruiseñor ha muerto. Oviedo tiene cuidado de agregar que él conoce a varias personas que vieron al gatillo vivo y nos informa que el animal pertenecía a una princesa inca que se había casado con un español, el cual era “hijo de Baptista Armero, e muy conosciado en la corte del emperador nuestro señor” (*ibíd.*). Como ésta, muchas otras historias de carbunclos, gigantes, pericos que entonan perezosamente la escala musical, indios que adiestran puercos como lebreles, etc. La *Historia general y natural* y el *Sumario* están llenos de episodios semejantes.

Hay sin embargo, en el episodio que hemos citado, una frase casi marginal, que quisiéramos traer ahora al foco de nuestra lectura: “Lo

<sup>11</sup>Edmundo O’Gorman, *Cuatro historiadores de Indias. Siglo XVI. Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Fray Bartolomé de las Casas, Joseph de Acosta* (México: Sep/Setentas, 1972), p. 50.

cual no dubdo [que verá maravillas semejantes a la del monillo] porque los secretos deste gran mundo de nuestras Indias siempre enseñarán cosas nuevas a los presentes e a los que después han de venir a esta contemplación e hermosa letura de las obras de Dios" (*ibid.*). Oviedo trata de subsumir el secreto de la naturaleza de Indias en un designio providencialista, pero lo que importa para el caso es que se trata de un mundo secreto, lleno de cosas nuevas que es preciso descifrar y conocer. ¿Cómo hacerlo? Si Oviedo hubiera leído la sentencia del Estagirita: "Deberíamos preferir lo imposible verosímil a lo posible increíble" (Poética 1460 a 27), quizás hubiera escrito una obra de ficción sobre América. Pero en verdad no eludió ninguno de los formidables problemas que le presentaba la "materia" de su obra: el Nuevo Mundo.

#### LAS ESCRITURAS DEL SECRETO AMERICANO

Dos diferentes escrituras tratan de sacar a luz el secreto del Nuevo Mundo en la obra histórica de Oviedo. Lo que hemos llamado escritura de la hazaña y escritura del reconocimiento. La primera corresponde a lo que en el título de su principal obra se llama "historia general" y la segunda a la "historia natural". Un cuadro sinóptico nos dará una idea de las variaciones del discurso americano de Oviedo en relación con las dos escrituras mencionadas.

El *Claribalte* se publica en 1514-1515; en 1526 aparece el *Sumario*, escrito a toda prisa, como si quisiera clavar una pica en Indias. En este libro Oviedo ya ha abandonado completamente el género fantástico, pero no materias que parecían inverosímiles por lo extraña y nuevas. Algunos autores han visto en este giro la influencia del erasmismo en España<sup>12</sup>.

En el prólogo del *Sumario*, Oviedo anuncia que ya está redactando la *Historia general y natural*; según Salas, Oviedo ya la había comenzado en 1514, que es también la fecha de redacción del *Claribalte*<sup>13</sup>. Los primeros diecinueve libros de la *Historia general y natural* desarrollan los temas enunciados en el *Sumario*; los treinta y uno restantes, en cambio, dan mayor importancia a la historia general; ésta abarca las empresas de Indias desde 1492 hasta 1549, es decir la época que la historiografía tradicionalmente ha denominado "conquista". Como dice Salas, entre esas fechas "cabén... con mayor o menor desarrollo, todos o los más importantes hechos americanos"<sup>14</sup>. El discurso de Oviedo va de un

<sup>12</sup>*Ibid.*, págs. 64-65. Bataillon considera la *Historia general y natural* como uno de los "libros de verdad que el erasmismo español opuso a las invenciones fabulosas de los libros de caballería", citado por Salas, p. 84.

<sup>13</sup>Salas, p. 79.

<sup>14</sup>*Ibid.*

mundo de héroes ficticios (*Claribalte*) a un mundo extrañamente nuevo (*Sumario e Historia general y natural*, I-XIX) donde hay héroes reales (*Historia general y natural*, XX-L).

En un comienzo, la novedad de América se manifiesta en la obra de Oviedo como contemplación y descripción de la naturaleza, pero es la hazaña, o "entrada", la que contiene la clave para el ingreso de esa naturaleza en la historia europea; una historia de violencia por supuesto<sup>15</sup>.

Para los efectos de nuestro estudio, lo que importa ahora es ver la relación que hay entre la "historia general" y la "historia natural"; como lo ha visto Gerbi, una y otra se necesitan mutuamente<sup>16</sup>.

Oviedo no tiene más alternativa que comenzar por el acto de Colón porque es el acto que abre y fundamenta la historia del Nuevo Mundo; tampoco tiene más alternativa que seguir, después de los primeros libros, por la violenta historia político-militar de las Indias. Este curso le parece trágico, no se halla a gusto escribiendo historia militar y lamenta tener que dedicarse a esa historia o "imitación trágica"<sup>17</sup>. Obsérvese la expresión usada, que parece provenir de un tratado de poética más que del lenguaje histórico. Una y otra escritura, la de la hazaña y la del reconocimiento son violentas; como ha dicho Gerbi: "Riconoscere è già un atto di conquista e d'assoggetamento"<sup>18</sup>.

La escritura del reconocimiento funciona a partir de un criterio europeocentrista, que consiste en clasificar y describir la fauna y la flora en animales y plantas semejantes y diferentes a los de la ecumene conocida hasta entonces.

Encontramos un buen caso en el libro XI del *Sumario*, en el que se trata del tigre americano (jaguar). Dos criterios se confrontan en este

<sup>15</sup>En este punto coinciden la visión poética de Rubén Darío y de W.C. Williams. Así Darío en el poema "A Colón":

¡Pluguiera a Dios que las aguas antes intactas  
no reflejaran nunca las blancas velas,  
ni vieran las estrellas estupefactas  
arribar a la orilla tus carabelas! (vv. 33-36)

Y Williams:

The New World existing in those times beyond the sphere of all things known to history, lay in the fifteenth century as the middle of the desert lies now and must lie forever, marked with its own dark life which goes on to an immaculate fulfillment in which we have no part. But now, with the maritime successes of that period, the western land could not guard its seclusion longer; a predestined and bitter fruit existing, perversely, before the white flower of its birth, it was laid bare by the miraculous first voyage. For it is as the achievement of a flower, pure, white, waxlike and fragrant, that Columbus' infatuated course must be depicted, especially when compared with the acrid and poisonous apple which was later by him to be proved. ("The Discovery of the Indies" en *In the American Grain* N.Y.: New Directions, 1956), p. 7.

<sup>16</sup>*La natura delle Indie*, p. 358.

<sup>17</sup>XXXVIII, Cap. único.

<sup>18</sup>*La natura delle Indie*, p. 8.

pasaje: de una parte, la autoridad de los "antiguos" y, de otra, la calidad de testigo presencial de muchos de los hechos, lo cual lo hace protagonista de su propio enunciado. Como se puede esperar, ambos criterios se definen en el campo del lenguaje.

Oviedo duda llamar "tigres" a ciertos animales del Nuevo Mundo porque "tigre" significa "saeta" en griego y los tigres del Nuevo Mundo son más bien lentos. La disyuntiva es o traducir la realidad del Nuevo Mundo al léxico naturalista de Europa o aceptar los nombres indígenas haciéndolos ingresar al léxico conocido<sup>19</sup>. El criterio de Oviedo tiende a ser ambiguo. El nombre es según la naturaleza y no según la norma y el uso: "pero yo no me determino si *son* tigres, viendo lo que se *escribe* de la ligereza del tigre y lo que se ve de la torpeza de aquestos que tigres llamamos en las Indias" (XI; subrayado nuestro).

Pero Oviedo ya ha visto cómo las opiniones de los antiguos no siempre tienen actualidad en estas tierras nuevas; sabe, por ejemplo, que la tórrida zona es habitable, contrariamente a la opinión de Plinio y otras autoridades de la antigüedad. Concluye diciendo que "ni tengo ni dejo de tener por tigres a estos tales animales, o por panteras a otros de aquellos que se escriben del número de los que se notan de piel maculada, o por ventura otros que están escritos; porque de muchos animales que hay en aquellas partes, y entre aquestos que yo aquí porné, o los más de ellos, ningún escritor supo de los antiguos, como quieran que estén en parte y tierra que hasta nuestros tiempos era incógnita y de quien ninguna mención hacía la *Cosmografía* del Tolomeo ni otra, hasta que el Almirante don Cristóbal Colón nos la enseñó" (*ibíd.*).

No puede estar más claro en este pasaje que la escritura del reconocimiento ocurre contra el fondo de la hazaña colombina, fundamento de un criterio de conocimiento.

Algo semejante ocurre con Perú. Oviedo distingue dos significados diferentes: el nombre que la fama ha elaborado y la situación geográfica que se ha vuelto borrosa por la confusión que hay entre el río Perú y la tierra así llamada donde habita Ataliba. La confusión se ha producido porque el capitán Francisco de Becerra, enviado por Pedrarias Dávila, había llegado a un lugar del golfo de San Miguel trayendo mucho oro y la noticia de un reino riquísimo y un cacique llamado Perú. La confusión se ha producido porque "en esa sazón no estaban los capitanes destas Indias tan acostumbrados a ver tanto oro ni hallarlo en tanta multitud como después se ha habido" (*Historia general y natural*, XXXIX, 1). Luego intenta ir al mismo lugar Pascual de Andagoya, gobernador de Castilla del Oro, pero su empresa fracasa y casi se ahoga con sus compañeros. Más tarde Pizarro y Almagro acometen la misma empresa hasta llegar a las tierras del cacique. Mientras tanto esta

<sup>19</sup>*Ibíd.*, p. 393.



incertidumbre ha dado lugar a que exista el Perú, jurídicamente al menos, porque los reyes premian a Pascual de Andagoya —después de su fallida expedición— haciéndolo gobernador “del río Sanct Joan, e de allí hacia esta parte, e hasta aquel otro Perú de que dio noticia el capitán Francisco de Becerra e de otras provincias” (*ibíd.*). Una vez relatada la historia que ha dado lugar a tanta confusión, concluye Oviedo: “Aquesto he querido decir aquí para que sepáis, letor, que el que hoy se llama Perú y es tan nombrado, no es el Perú, sino una provincia o reinos de otra manera, llamados por otros nombres, donde el príncipe grande Ataliba e su padre Guainacaba señorearon; e en las partes australes donde los dichos adelantados Pizarro e Almagro e los que con ellos militaron, tantos millones de oro e de plata, e tantas e tan preciosas esmeraldas han habido e se han llevado fuera destas Indias, no son el Perú” (*ibíd.*).

El oro de Becerra distorsiona la situación geográfica en un nombre y el discurso de Oviedo la corrige, pero es la “entrada” de los adelantados la que ha abierto el camino a esa rara tierra que es y no es el Perú. ¿Qué es entonces? La vieja cuestión del *Cratilus*.

La relación indicada se aclara si consideramos, en un nuevo paso, la estructura general de la *Historia general y natural*. Como ya se indicó, la obra consta de cincuenta libros que comprenden los acontecimientos entre 1492 y 1549, que es lo que se ha llamado época de la conquista. Dos rasgos predominan en esta época y aparecen en la obra de Oviedo. En primer lugar, la novedad de la naturaleza americana (que comprende, por lo menos en una primera instancia, a los indígenas) y, en segundo lugar, la hazaña militar o “entrada” que permite la ocupación militar de las tierras y el avasallamiento de los indios. Si la escritura del reconocimiento y la escritura de la hazaña se encuentran en el fundamento que es la obra de Colón, no es raro que los primeros cuatro libros traten del propósito del Almirante y de su empresa.

Los siguientes quince libros (V-XIX), desarrollan los temas avanzados en el *Sumario*; hasta el libro XV se trata mayormente de temas naturales; a partir del libro XVI, el autor vuelve a tratar de la conquista militar mezclando ambas escrituras. Los libros V y VI, sin embargo, cumplen una función algo diferente y por eso conviene verlos con más detalle.

En el proemio del libro V, Oviedo justifica la misión imperial de España; en los doce capítulos que contiene este libro, trata de las costumbres religiosas de los indios, sus vicios, sus cantos, sus tradiciones y de la misión del capitán Francisco de Barrionuevo, que puso fin a la rebelión de un cacique llamado Enrique. Este último episodio es particularmente importante porque la escritura de Oviedo trasciende la calidad de narración histórica para reabrir simbólicamente la tierra que la rebelión del cacique amenazaba con cerrar y porque la pacificación que se cumple en su escritura le permite seguir tratando con lo que es su pasión: la escritura del reconocimiento.

El proemio justifica la ocupación del Nuevo Mundo alegando que los vicios de los indios no les han permitido entrar en el camino de la salvación; podría ser que los indios hubieran olvidado enseñanzas predicadas aun antes de llegar Colón al Nuevo Mundo, aun así, dice Oviedo, deberían haber entendido, cincuenta y seis años después del descubrimiento, que la salvación de sus almas es la cosa más importante del mundo. Sin embargo, los indios no han entendido bien el furibundo celo apostólico de los españoles, de modo que Oviedo usa una imagen violenta: "Pero, en fin, estos indios... es nación muy desviada de querer entender la fe católica; y es machacar hierro frío pensar que han de ser cristianos, sino con mucho discurso de tiempo, y así se les ha parecido en las capas, o, mejor diciendo, en las cabezas; porque capas no las traían, ni tampoco tienen las cabezas como otras gentes, sino de tan rescios e gruesos cascos, que el principal aviso que los cristianos tienen, cuando con ello pelean... es no darles cuchillada en la cabeza porque se rompen las espadas. Y así como tienen el casco grueso, así tienen el entendimiento bestial" (v, Proemio). Dos rasgos dignos de ser tenidos en cuenta: en primer lugar, la urgencia ante la que se ve el discurso de la salvación y el propio de Oviedo; en segundo lugar, la ecuación "casco grueso" = "entendimiento bestial". Inmediatamente después, procede a describir las imágenes de las divinidades indígenas ("diabólicas") y sus cantos o "areitos" en los cuales guardan la tradición. Esperaríamos encontrar la misma moralización violenta del proemio; sin embargo procede a usar otro artificio retórico: a) descripción de lo abominable, b) justificación debida a la comparación con pueblos antiguos y/o europeos. Así, al tratar de la divinidad indígena, describe minuciosamente las diversas formas en que la representan, nota la homonimia entre "cemí" (divinidad) y "cemíes" (sacerdotes) y cómo en su autoridad confluyen tres saberes: la medicina, la religión y las matemáticas, igual como en el Oriente de Zoroastro (v, 1).

Lo mismo hace al describir los bailes y cantos tradicionales de los indígenas. En estas danzas siempre se cuenta una historia que el guía cuenta y el resto de los bailarines repite y así por tres o cuatro horas, hasta que "el maestro o guiador de la danza acaba su historia" (*ibíd.*). Inmediatamente después, se recuerda que en ciertas partes de España los campesinos hacen lo mismo y también en Flandes y también en Italia. El autor da su opinión bajo la forma de una pregunta: "¿Qué otra cosa son los romances e canciones que se fundan sobre verdades pasadas?" Agrega que son relatos históricos "Al menos para los que no leen" (*ibíd.*). La defensa disimulada de los bailes indios se ha convertido en una defensa de la tradición épico-oral<sup>20</sup>.

<sup>20</sup>Sobre literatura y tradición oral en los principios de América, véase Anita Seppilli, *La memoria e l'assenza. Tradizione orale e civiltà della scrittura nell'America dei conquistadores* (Bologna: Capelli, 1979). La autora estudia las civilizaciones precolombinas a la luz de las investigaciones de Milman Parry y, sobre todo, de Eric A. Havelock.

Usa el mismo procedimiento con los tabacos (son malos pero ayudan a los enfermos de "búas") y con las hamacas (las describe y luego las recomienda para las campañas europeas). Al llegar al tema de la cultura religiosa de los indios, Oviedo la ataca pero se cuida de notar que entre ellos no se conoce el incesto y que antes de recoger oro se abstiene de todo contacto sexual, lo cual fue imitado en cierto modo por Colón, quien luego de ver "que los indios cogían oro en el agua de los arroyos e ríos sin lo cavar, con la cerimonia e religión que es dicho, no dejaba a los cristianos ir a coger oro sin que se confesasen y comulgasen" (v, 4).

Y así llegamos a la historia de Francisco Barrionuevo y el cacique Enrique. Este era "cristiano bautizado y sabía leer e escrebir y hablaba bien la lengua castellana" (*ibíd.*). No repetiremos toda la historia. Lo que vale la pena destacar en este punto es que la rebelión de Enrique amenazaba con desbaratar la obra de colonización volviendo todo a punto cero. Oviedo ve dos causas para este peligro. Los españoles se han reblandecido y entre ellos ya no impera la moral militar de los primeros tiempos de la conquista y a los indios de Enrique se han sumado muchos negros. Esto último le hace recordar la experiencia de Diego Colón que tuvo que reprimir duramente una rebelión de negros en su ingenio. Conjetura que "fuera necesario reaquistar esta isla de nuevo, e que no dejaran cristiano a vida, como lo tenían pensado, e aun como lo iban poniendo por obra los negros alzados" (*ibíd.*).

Enrique se ha desconvertido y puede deshacer toda la obra de conversión (tomando este término no sólo en su acepción religiosa; también vale aquí conversión a otra lengua, a la escritura, etc.). El rey envía al capitán Francisco de Barrionuevo para someter a Enrique. Después de muchas peripecias, el capitán llega al lugar donde está el cacique y dice su discurso. El discurso de Barrionuevo aparece en el de Oviedo en forma directa, sin que se indique la fuente, por lo que podemos pensar que lo ha recreado (no desfigurado) porque la lógica del discurso así lo requiere. Veamos la secuencia. Primero el discurso de Barrionuevo:

"Enrique: muchas gracias debéis dar a Dios nuestro Señor por la clemencia y misericordia con que vos usa en las mercedes señaladas que os hace... en se acordar de vos, y os querer perdonar varios yerros e reduciros a su real servicio y obediencia, y querer que, como uno de sus vasallos, séais bien tractado, y que de ninguna cosa de las pasadas se tenga con vos ni memoria; porque os quiere más enmendado y por su vasallo y servidor, que no castigado por vuestras culpas, porque vuestra ánima se salve y sea de Dios y no os perdáis vos y los vuestros; sino que, como cristiano (pues recibiste la fe y sacramento del santo bautismo), séais rescebido con toda misericordia, como más largamente lo veréis por esta carta que su Majestad; haciendóos estas mercedes que he dicho, y las que más os hará, os escribe" (v, 7).

Nótese cómo el discurso de Barrionuevo, que representa al rey, trata de hacer *tabula rasa* de los actos de Enrique, quizás para inscribir otro discurso, uno escrito por el rey. El jefe indio le pide que le lea la carta porque él no se halla bien de los ojos: "Entonces, Francisco de Barrionuevo la tomó e leyó alto, que todos los que allí había lo podían oír y entender (los indios que entendiesen nuestra lengua); y leída, la tornó a dar a Enrique e le dijo: 'Señor don Enrique, besad la carta de Su Majestad e ponedla sobre vuestra cabeza'" (*ibíd.*). El jefe indio besa la carta y de ahí en adelante todos viven en paz. Al besar la carta, el indio se reconvierte al cristianismo y a la escritura del rey. El procedimiento retórico de Oviedo, que comenzó por castigar las cabezas indígenas, termina tocándoselas con la letra en vez de la espada y así recupera el poder para seguir su discurso sobre la naturaleza de las Indias, su pasión.

En el libro VI, que lleva el hermoso título de "Libro de los depósitos", escribe profusa, indeteniblemente sobre casi todo lo que se sabe en ese momento de la historia natural de las Indias. Escribe sobre las casas de los indios y sobre la suya propia (que le costó más de 1.500 pesos de oro) y de maderas que se pudren bajo el agua; del juego del batey, un raro juego de pelota; de los huracanes y tormentas de la Española y cómo cesaron al mostrárseles una imagen del Santísimo Sacramento; de las piraguas hechas con un solo tronco; de cómo los indios hacen fuego frotando palillos labrados; de salinas; riberas; metales y minas de oro, un collar de oro, naos cargadas de oro, más oro, y de Heráclito y Demócrito: uno que lloraba y el otro que reía de la estulticia humana; de sacrificios humanos; de cómo cantan los gallos y cómo copulan silenciosamente los gatos de Indias; de dos siamesas que fueron abiertas luego de morir para ver si tenían o no dos almas; de fuentes hirvientes que pasan bajo lagos helados; de una isla llena de almendras donde no hay ni un solo almendro; de la goma y el incienso; del humo y la tinta; de venenos; coca y cobre; de indios que beben rara vez en su vida agua y pájaros que ponen sólo un huevo en la suya; de las doce maneras de las esmeraldas; betunes que salen de una fuente; terremotos y maremotos; de las amazonas; historias de amor indio; de los grandes capitanes en el mundo que han sido tuertos; de magias que trasmutan hombres en animales; de cómo en San Mateo el agua de la marea creciente es dulce y la de menguante amarga; del gatillo-monico que ya conocimos, etc. Ni su propia mujer, Margarita de Vergara, se escapa del vértigo del catálogo; la incluye porque era rubia, hermosa, joven, porque se volvió cana en una noche y porque no escupió nunca.

Podría parecerle a un lector desprevenido que el libro de los depósitos no tiene ningún orden interno; sin embargo una lectura atenta revela otra cosa. La escritura obra aquí como un conjuro del olvido (blancura) de América: "Y digo que es tanta la abundancia que me

ocurren a la memoria, que... porné... las que me acordare y supiere de tal calidad y diferencia; porque cuánto más rara y peregrinas fueren... tanto más será cual dellas digna de ser sabida y no puesta en olvido" (VI, Proemio). Funciona también como un catálogo: "Y así procediendo en cosas diferenciadas de unas en otras, como en secresto o armario, se colmará este libro depositario... porque, después, más fácilmente, en los libros siguientes... pueda escrebir e acomular las otras materias que fueren muchas de una especie... o cuasi" (*ibíd.*).

El libro VI es una fiesta de la curiosidad; podría decirse de su escritura lo que en él se dice de la pelota con que los indios jugaban al batey: "Estas pelotas saltan mucho más que las de viento, sin comparación, porque de solo soltalla de la mano en tierra, suben mucho más para arriba, e dan un salto, e otro, e otro, y muchos, disminuyendo... por sí mismas, como lo hacen las pelotas de viento e muy mejor" (VI, 2). Casi siempre Oviedo procede a dar primero una descripción, luego una conjetura y termina por narrar un suceso lleno de vivacidad. Por ejemplo, al tratar de la manera que tienen los indios para hacer fuego, describe minuciosamente los palillos que usan, las diferencias que existen en cada lugar para la forma de los palillos, refiere toda la cuestión a Plinio, a Vitrubio y finalmente agrega una anécdota que enciende el capítulo:

El año de mill e quinientos e treinta y ocho mandó la Cesárea Majestad proveer de artillería gruesa e muy hermosa, esta fortaleza que está a mi cargo; e se trujeron culebrinas de a septenta quintales e más cada una, de bronce, e cañones de a cincuenta e cinco, e medias culebrinas de a cuarenta e algo menos; e después que las naos llegaron a este puerto e se sacaron estas piezas en tierra, hecimoslas llevar a brazos a muchos negros, e trujéronla a esta casa, y como era mucha gente la que tiraba de cada pieza, por muy pesadas que eran, las traían corriendo; pero a cincuenta pasos se encendían las ruedas; y para excusar esto, hice que a par de cada tiro fuesen hombres con calderas llenas de agua, con que iban bañando e matando el fuego. (VI, 5)

Uno a uno va sacando Oviedo los juguetes americanos del olvido, los hace bailar en su escritura y luego los devuelve al armario de la memoria, al alcance de una pluma. Es la Suite Cascanueces de la historia de Indias. Escritura de fiesta. Por eso este libro sexto es un alto en el orden general de la obra, se constituye como lo extraordinario y Oviedo lo sabe: "Y podré yo llevar la orden que he deseado tener en esta *Historia Natural y General de las Indias*; porque en los libros precedentes... fue nescesario ir mezcladas muchas materias, a causa de descirse los viajes e descubrimientos destas partes que hizo el primero almirante dellas" (VI, Proemio). Una vez más tiene que referirse a la escritura de la hazaña para poder dar cuenta de "tanta variedad de secretos no usados ni oídos hasta nuestros tiempos tan particularmente... hasta que la experiencia e milicia e armas de nuestros españoles lo han, con su virtud y trabajos, personalmente visto e experimentado e notificado" (*ibíd.*).

Sería deseable poder hacer aquí un estudio más minucioso de los artificios de la escritura de Oviedo, pero tal propósito escapa al alcance de este artículo. En lo que sigue veremos sólo los grandes trazos de la *Historia general y natural*.

Tales trazos muestran que Oviedo tiene que forzar el orden cronológico de los hechos mediante una mimesis de los ríos y una mimesis de las estrellas. Este acto mimopoiético es finalmente el que orienta la inmensa variedad y la multiplicidad vertiginosa de los hechos americanos. Lo que orienta la escritura de Oviedo es el movimiento de la conquista y las exploraciones, es decir su sentido (en la acepción que la ciencia física le da a "sentido"). Esta orientación es posible por la mimesis indicada. Los hechos no anteceden al acto orientador como podría creerse de un modo más positivista.

Los libros XVI-XIX se concentran en el Caribe, que es la zona que mejor conoció Oviedo. En este sentido, es justo decir con Salas, que la experiencia americana de Oviedo se reduce a esta área, pero es una zona "de fundamental importancia, no sólo porque es el origen y comienzo de la conquista y colonización, sino también porque es el umbral, el acceso a toda América"<sup>21</sup>. Oviedo reproduce en su propia estadía el movimiento de la conquista. En estos cuatro libros se trata tanto de la historia natural como de la historia militar del Caribe. El autor no se preocupa demasiado de seguir un orden muy rígido porque la zona es más bien pequeña y porque se trata, además, de hechos que ya han ocurrido<sup>22</sup>.

El problema se presenta cuando tiene que tratar de las conquistas y exploraciones del resto del continente, especialmente en lo que toca a Sudamérica. Expone su criterio en el libro XX:

La conciencia me acusa e encita a que comience este segundo volumen (tocante a la Tierra Firme), en el primero Almirante, don Cristobal Colón, descubridor y auctor y fundamento de todos los descubrimientos de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano (y esta alabanza a él solo y no a otro hombre alguno se debe tal gloria); y la orden de la historia me pide que no en el Almirante sino en el capitán Fernando de Magallanes que descubrió aquel grande e famoso estrecho austral en la mesma Tierra Firme, tome principio este libro, para que con más orden se relate el asiento de aquella tierra y la geografía e límites y altura de los grados della, para que mejor me entiendan los dotos (y aun los que no tuvieren letras), y para que por derecha y continuada regla se proceda en todo. (XX, Proemio).

A partir de aquí, Oviedo sigue una vía Sur-Norte forzando la cronología de los descubrimientos para que éstos se acuerden con su discurso; según este criterio, tiene que tratar primero a Magallanes y mucho después a Balboa y el descubrimiento del Océano Pacífico. El problema

<sup>21</sup>Salas, p. 97.

<sup>22</sup>*Ibid.*, p. 90

que se le presentaba era la gran variedad de empresas más o menos simultáneas; en menos de cuarenta años tienen lugar las exploraciones y ocupaciones de Tierra Firme, Nueva España, Florida, Paraguay, la zona del Plata, Pizarro está conquistando el Perú, Alvarado Quito, Orellana recorre el Amazonas, diferentes exploraciones sacan a luz gran parte de Sudamérica mientras buscan Eldorado, Almagro atraviesa el desierto de Atacama para descubrir Chile (expedición en la que muere el hijo de Oviedo), etc. Es una variedad vertiginosa.

Oviedo, según Salas, antes de establecer el Estrecho de Magallanes como la marca más austral para la vía Sur-Norte, había dispuesto los elementos de su obra "como quien distribuye en un continente el curso de los ríos en dos grandes cuencas oceánicas: la del Mar del Sur y la del Mar del Norte". También este orden se constituye como un giro porque "los hechos de la Conquista son a la inversa de los ríos: desde los litorales penetran la tierra buscando sus máximas altitudes"<sup>23</sup>.

Ambos criterios dan las coordenadas de los cuatro puntos cardinales, correspondiendo así con la figura de la Cruz del Sur que Dante había previsto desde el Purgatorio<sup>24</sup>. La Cruz del Sur es el diagrama del discurso de Oviedo. Ha podido contemplar e inscribir el cielo y la tierra del Nuevo Mundo en la gracia primera de estas estrellas cruzadas. Pero también simbolizan la espada porque finalmente aparecen en las armas del escudo de Oviedo: "Quiero decir otra cosa muy notable... Y es que, mirando a la parte del Sur, verán que se alzan sobre el horizonte cuatro estrellas en cruz... las cuales la Cesárea Majestad me dio por mejoramiento de mis armas... las cuales armas estarán al fin deste tractado, pues es escripto en estas partes donde tantos trabajos padescen los hombres que veen estas estrellas, e donde yo he gastado lo mejor de mi vida" (II, 11). Esta doble figura: estrellas de la contemplación/estrellas de las armas es la escritura de Oviedo. Comenzó como escritura del reconocimiento y termina en escritura de la hazaña.

En otro lugar mira el cielo una vez más y escribe un trozo que tiene algo de elegía: "Mirad la orden del cielo, sus estrellas e planetas e cursos, e las otras innumerables cosas que en la composición del universo hay que ver y contemplar; e todas e cada una de ellas os manifestarán lo que debemos a tan sapientísimo pintor e tan inmenso e soberano Dios e Señor... No plega a Nuestro Señor que se pierda tanto bien por nuestro descuido e malicia, ni que en vano haya padescido nuestro Redemptor... pues todos fuimos el contrapeso del tal prescio e la balanza, por quien se puso en la cruz el Señor del mundo e todo lo que en él hay e habrá" (XXXVIII, cap. único). Y en otro lugar agrega que debe "relatar y decir los tristes fines e muertes de muchos y diversos capitanes e personas señaladas que en estas partes han perdido las

<sup>23</sup>*Ibíd.*, p. 43.

<sup>24</sup>Purgatorio I, vv. 22-27.

vidas; porque para mi condición es grave y desapacible cosa pensar que mi pluma ha de seguir una forma de historia o imitación trágica; y en especial tocando a tantos de nuestros naturales españoles, a vuelta de los cuales, por mis pecados, se me ahogó un hijo que me quedaba, del cual yo me pensaba en mi postrimería haber mejor gozo" (*ibíd.*).

La *Historia general y natural de las Indias*, que comenzaba por hacer el elogio de la naturaleza del Nuevo Mundo, termina con el melancólico título de "Libro de los naufragios". La doble escritura de Oviedo se consume en la pérdida y en el olvido. Esta melancolía está presente en casi todo el texto a partir del libro XX. Ensayemos citar uno de esos textos variando ligeramente la disposición y agregando la pregunta del *ubi sunt* entre corchetes para revelar con pequeñas marcas la calidad poética del discurso de uno de los primeros y más grandes cronistas de América:

[¿Qué se hizo?] Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el cual es uno de los tres cristianos que se escaparon de toda la armada de Pánfilo Narváez, haciendo miraglos... después que el Emperador nuestro señor, e su Consejo Real de Indias le oyeron, Su Majestad le dio el título de Adelantado [?]. Solamente me desplace el título de adelantado, porque a la verdad, es mal augurio en Indias tal honor e nombre, e muchos de tal título han habido lastimado fin... [¿Qué se hizo?] don Bartolomé Colom, primero adelantado en Indias, hermano del primero Almirante, que ni dejó heredero ni cosa de su persona que permanezca [?] Mirad a Joan Ponce de León, adelantado de la Florida, muerto por los indios; el adelantado Rodrigo de Bastidas, muerto a traición, a puñaladas, por sus soldados; el adelantado Diego Velázquez gastó innumerable dinero en el descubrimiento de la Nueva España, e gozólo otro y él quedóse en blanco; el adelantado Vasco Núñez de Balboa, adelantado de la Mar del Sur y descubridor della primero, fue degollado por traidor, e otros con él, sin ser traidores [¿Qué se hicieron?]

[¿Qué se hizo?] el adelantado licenciado Lucas Vásquez de Ayllón, oidor de su majestad en el Audiencia Real que reside en esta cibdad de Sancto Domingo, que gastó su hacienda e murió en el descubrimiento de cierta gobernación que se le dio en la parte del Norte, e aun lo echaron en la mar [?].

Francisco de Garay, adelantado de Panuco, gastó su hacienda con su armada e ir a poblar lo que no sabía, e perdiólo todo, e al cabo murió, e aun quisieron decir algunos que fue entosigado. [¿Qué se hizo?]

Sigue una larga lista: "Antonio Sedeño... Diego de Ordaz... Hernando de Soto... Simón de Alcazaba... Diego de Almagro... Francisco Pizarro... Hernando Pizarro... Pedro de Heredia... Francisco de Oréllana... Pedro de Mendoza... Pánfilo de Narváez... Pedro de Alvarado... Pedro de Lugo..." (*ibíd.*).

Volvamos a las tres cuestiones que hemos planteado anteriormente<sup>25</sup>. Tenemos que insistir que tratándose de la obra americana de Oviedo, muchas veces simultánea a los acontecimientos que quiere relatar, la palabra "sentido" significa lo que en la física: orientación de un movi-

<sup>25</sup>Supra, p. 3.



miento. Lo que orienta la escritura de Oviedo son los diversos movimientos de apertura del Nuevo Mundo. Estos movimientos incluyen tanto la emergencia de una tierra ignota hasta entonces como las actividades de los conquistadores militares. A estas formas corresponden las escrituras de la hazaña y del reconocimiento, siendo imposible separar una de otra. Si tomamos como ejemplo las hazañas de Colón y de Magallanes, vemos que presentan el mismo doble aspecto que la escritura de Oviedo. La empresa de Colón es, de una parte, una prodigiosa hazaña de navegación y descubrimiento y, de otra, es un movimiento que abre el mundo como planeta<sup>26</sup>. La navegación de Magallanes y de Elcano recorren ese planeta y así lo consuman: *Tu primus circumdidisti me*.

Pero también se abrió otro cielo que aún hoy no se acaba de inscribir: el cielo del Sur. Lo poético en la obra americana de Oviedo reside justamente en la bajada y en la inscripción de la Cruz del Sur en el cuerpo del Nuevo Mundo<sup>27</sup>. Esta figura es la escritura de Oviedo, previa a la distinción, pedagógica la mayoría de las veces, entre escritura histórica y escritura poética.

Por último, consideremos brevemente la expresión “letras de fundación” que hemos usado al comienzo de este escrito<sup>28</sup>. Hemos preferido

<sup>26</sup>O’Gorman ha señalado que con la aparición de la *Cosmographiae Introductio* “The ancient idea of the *Orbis Terrarum* as man’s world is now for the first time conceived as including not only the newlyfound lands, but any other land that may appear in the future, the *Orbis Terrarum* is thus identified with the entire terraqueous globe” (*The Invention of America* [Bloomington: Indiana University Press, 1961], p. 128).

<sup>27</sup>Si tuviéramos que señalar un texto para establecer una “undercurrent of meaning” con el nuestro, señalaríamos uno que supera las clasificaciones habituales: *Amereida* —[Gofredo Iommi, J. Boulting, A. Cruz, F. Cruz, M. Deguy, F. Fédier, C. Girola, J. Pérez-Román, H. Tronquoy, E. Simons (Santiago de Chile: Lambda, 1965)—. Este poema contiene el plan y el acta de un viaje que varios poetas, pintores, escultores, un filósofo y arquitectos de América y Europa emprendieron en 1965 siguiendo los ejes de la Cruz del Sur que habían trazado en el cuerpo de Sudamérica, de un modo similar al que exhibe Oviedo en su escritura. Una de las tesis de *Amereida* es que tan pronto como la tierra americana fue delimitada del mar, se volvió a abrir otro mar, es decir, el interior de América del Sur que aún hoy no se ha ocupado completamente. *Amereida* traza la Cruz del Sur en ese mar interior para recorrerlo e inscribirlo: “nosotros tratamos de hallar otra vez la inscripción la posibilidad de la inscripción que fue durante siglos el gran gesto scripturario ¿conviene o no dirigirse a la modestia de la percepción común a todos ofrecida a todo viento que nos espera como una vieja mendiga?” [Hemos mantenido en la cita la disposición tipográfica del original. El poema está sin foliar].

<sup>28</sup>La expresión usada recuerda, por cierto, el título de un artículo de Octavio Paz, “Literatura de fundación”, *Puertas al campo* (México: UNAM, 1967). En su artículo, Paz pasa una penetrante revista a ciertos momentos de la historia literaria hispanoamericana para adelantar que en el futuro va a ser lo que indica el título de su texto. Han pasado trece años desde que Paz escribió su artículo y no creemos que se pueda hablar de una literatura fundante en Latinoamérica, al menos no en el sentido en que hemos tratado de explicitar al leer a Oviedo. Quizás se podría hablar de una literatura que se funda a sí misma como literatura, pero es justamente ese sentido el que hemos tratado de evitar.

ir más atrás de la palabra "literatura" extrayéndole el sufijo —*ura* que alude tanto al acto como al *corpus* acumulado por ese acto; de esta forma nos quedamos con la ambigüedad de un origen, las letras primeras de América que incluyen profecías, mitos, leyendas, crónicas, epístolas, utopías, metáforas, autobiografías, biografías, alegatos jurídicos y filosóficos, memoriales, etc. Y curiosamente, muy pocas obras "literarias" en el sentido tradicional del término.

Se nos podría reponer que el término "escritura" mantiene el sufijo que queríamos excluir. Pero este término es más indeterminado, por lo menos en su uso cultural, que el de "literatura" y, mucho más importante aun, se debe explicitar cada vez, en cada obra que se lee, e incluye, justamente por su mayor indeterminación, una serie de textos que, a primera vista, no parecen "literarios".

En cierto sentido, Oviedo también va más allá de la literatura como *corpus*; busca un signo que entiendan incluso los que no son doctos y lo encuentra en el firmamento del Nuevo Mundo. Este signo no antecede a la escritura de Oviedo del modo como una *langue* moderna antecede en el tiempo a la *parole* que la activa. El signo de la Cruz del Sur que se baja al cuerpo de una tierra hace posible, él, una cierta orientación, una forma peculiar de la memoria y la invención de un contenido.

---

El tema es apasionante y lo trataremos en un futuro próximo. Adelantamos, sin embargo, que habría que polemizar con el sentido de un poema de Borges ("Fundación mítica de Buenos Aires") porque éste iguala la ciudad con los elementos, haciéndola así atemporal. Por otra parte, la fundación de Buenos Aires (la que Oviedo habría llamado "verdadera") es tanto o más mítica que cualquier pieza literaria. Los conquistadores fundan por primera vez Buenos Aires como una puerta hacia el interior de la tierra; más tarde, cuando no encuentran las legendarias sierras de plata, abandonan el interior y refundan el gran puerto del Plata como una puerta hacia un océano que también tiene un origen mítico: el Atlántico.